

**HORACIO
CASTELLANOS MOYA**
La diabla en el espejo



El desconcertante homicidio de Olga María, una mujer de clase alta y madre de familia, deja conmocionada a la sociedad salvadoreña. Su mejor amiga no concibe que alguien pueda haber asesinado —a sangre fría, delante de sus dos hijas pequeñas y en su propia casa— a esta mujer honesta y de reputación intachable. Ante la incompetencia policial y la presión de la prensa, será la amiga misma quien intente resolver tan terrible crimen. Su monólogo delirante y atormentado arrastrará al lector a un torrente de hipótesis y descubrimientos que desvelarán los secretos de la vida íntima y secreta de la víctima y la podredumbre social y política de la clase gobernante en El Salvador, un país carcomido por la pasada guerra.

Con su habitual estilo contundente y depurado, Castellanos Moya nos brinda —a través de la angustiada voz en primera persona de una protagonista que no da tregua al lector— una novela trepidante que, más allá de representar una denuncia feroz de los males que azotan Latinoamérica, es un thriller político que bebe de lo mejor del género negro y detectivesco.

Índice de contenido

Cubierta

La diabla en el espejo

1. El velorio

2. El entierro

3. Novenario

4. El balcón

5. Treinta días

6. La terracita

7. La quiebra

8. La estampida

9. La clínica

Sobre el autor

*A Tania Mata Parducci,
Otoniel Martínez y Patricia Ardón,
Lucrecia Ardón, Ana Tomico*

1

EL VELORIO

No es posible que una tragedia semejante haya sucedido, niña. Yo estuve con Olga María casi toda la mañana, en la boutique de Villas Españolas, mientras ella revisaba un pedido que acababa de llegar. Es increíble. No termino de creerlo; parece una pesadilla. No sé por qué tardan tanto en prepararla: ya son las cinco y media y no sacan el cadáver. Es que el juez se tardó un mundo en llegar a reconocerla. Un desgraciado ese juez. Y la pobre ahí tirada, en el piso de la sala, mientras el montón de curiosos entraba a la casa. Espantoso. A mí me avisaron casi de inmediato: Sergio, el hermano de Olga María, telefoneó a mi casa para decirme que había sucedido una desgracia, que habían herido de muerte a Olga María en un intento de asalto. Así dijo: «herido de muerte». Yo no podía creerlo: una hora y media atrás había estado con ella. Salimos juntas de la boutique hacia el estacionamiento. Ella dijo que iría a recoger a las niñas al colegio y que me telefonaría en la tarde. Por eso Sergio me tomó totalmente por sorpresa. Le pregunté en qué hospital la habían internado. Me dijo que no estaba internada, sino que yacía muerta en la sala de su casa, que Marito se había llevado a las niñas al apartamento de doña Olga. Quedé atontada. No alcanzaba a reaccionar. Luego dije: «Voy para allá». Manejé como loca. Iba como drogada, niña, no sé cómo no choqué. Me pasaba por la cabeza el montón de imágenes de aquella, de lo último que había-

mos hablado esa mañana, de lo contenta que estaba porque las ventas en la boutique habían mejorado, de los esfuerzos que estaba haciendo para volver a normalizar la relación con Marito. Una ingratitud que algo así haya pasado. Espantoso. Ves que la casa de ellos queda en la colonia La Sultana, y como yo vivo en Santa Tecla, pues llegué en cosa de diez minutos. Ya estaba ahí la policía. Salí de mi auto a la carrera, como si fuera a comprobar que no era cierto, que Olga María estaba viva y todo había sido una confusión. Pero su cuerpo yacía sobre la alfombra de la sala, a un lado del sofá, en medio de un charco de sangre, con una sábana blanca encima. Me arrodillé y levanté la sábana: el agujerito en la cabeza era pequeño, pero por atrás se le habían salido todos los sesos. Me sentí horrible, niña, hasta con ganas de vomitar. Ni siquiera pude llorar de la impresión. Volví a taparla. Sergio me tomó por los hombros y me dijo que necesitaba que yo fuera con las niñas, la habían matado a sangre fría enfrente de ellas, permanecían en shock cuando Marito se las llevó. Imagínate: esos criminales mataron a Olga enfrente de las niñas. No hay perdón. Ya se están tardando mucho con el cuerpo, tienen que sacarla de un momento a otro, está empezando a llegar bastante gente. Le escogimos un vestido negro de raso, elegantísimo. Quiero ver cómo le queda. Doña Olga tenía dudas, pero siguió mi consejo: es el mejor vestido, con el que se mirará más bella. Sergio insistió en que me fuera al apartamento de su madre, a ayudarla con las niñas, porque Marito tenía que regresar a la casa para estar presente en las diligencias judiciales, al fin de cuentas era su esposo, el dueño de la casa, el que tiene que responder por todo. Pobre Marito, está destruido. Yo lo vi hasta más tarde. Quizás nos cruzamos en el camino, cuando él regresaba a la casa y yo me dirigía al apartamento de doña Olga. Sentía una gran ansiedad de abrazar a las niñas, de protegerlas, de que olvidaran lo que habían visto. Pero entonces, a medio camino, me quebré, horrible, niña, una especie de ahogo me sofo-

caba, alcancé a detener el auto y lloré, inconteniblemente, apoyada en el volante, lloraba por Olga María, por las niñas, por Marito, por mí, porque si entonces no me desahogaba después sería peor. Cuando entré al apartamento un doctor platicaba con las niñas. Doña Olga se mantenía entera, recia, sin siquiera llorar, aunque el tormento se le notaba en todo el cuerpo. Me dijo que a las niñas les acababan de dar un calmante, estaban conmocionadas, lo mejor era que por el momento descansaran, sin estar repitiendo lo que habían visto, según recomendaba el médico. Las abracé tratando de contenerme, no quería que me vieran débil. Olguita ya cumplió diez años, es tan madura, linda como su madre, la misma expresión, igual de inteligente; Raquelita se parece más a Marito, un poco apagada, quizás por ser la menor. Siempre me han dicho tía, aunque no somos parientes, la propia Olga María les enseñó a llamarme así: tía Laura. Éramos las mejores amigas, desde la Escuela Americana, te imaginás, hace veintitrés años. Ahí la traen ya, al fin. Vení, acompañame, a ver cómo quedó. Mirá qué arreglos florales más preciosos: éste es de la compañía de publicidad de Marito. Te lo dije, niña, era el mejor vestido, se ve tan preciosa, la han arreglado muy bien, hasta el hoyito en la sien casi no se le nota. La vida es una calamidad. Cómo le pudo pasar esto. Vos fuiste a su última fiesta de cumpleaños, ¿te acordás?, estaba tan contenta por cumplir treinta años, decía que lo mejor de la vida comenzaba ahora, siempre tan optimista y llena de vitalidad. Son unos hijos de puta, cobardes, habría que matarlos a todos. Mirá el peinado qué lindo le ha quedado, tal como lo usaba cuando iba a las fiestas, la propia Mercedes se vino del salón de belleza para arreglarla. Unos verdaderos malditos, porque sólo querían matarla, no le robaron nada, ni intentaron siquiera. Fue lo que me contó Olguita, cuando llegué en la tarde: el tipo las sorprendió en la cochera, cuando estaban saliendo del auto, luego las obligó a entrar a la sala y ahí, sin decir palabra, le disparó a Olga María en el pecho y lue-

go la remató. Desgraciado. Me da tanta rabia. Ya comienza a venir más gente. Vamos a sentarnos. Mirá, viene entrando Marito. Sergio dijo que iba a cambiarse de ropa. Doña Olga y las niñas vendrán como a las siete, las pobres, se han portado tan bien esas niñas, es increíble lo maduras que son. Quien me preocupa es Marito, lo veo tan frágil, no sé qué hubiera hecho sin Sergio. Ha sido una tarde de locos. Yo estuve como una hora en el apartamento de doña Olga, distraendo a las niñas, hasta que los sedantes hicieron efecto y se quedaron dormidas. Fue cuando Olguita me contó lo del criminal que sólo llegó a matar a Olga María: ella le dijo que se llevara el auto, lo que quisiera, pero que no les hiciera daño, sobre todo ella temía por las niñas; pero el criminal no quería nada más que matarla, como si alguien lo hubiera enviado, como si ya traía la orden precisa. Algo me huele raro, en especial porque Olga María no podía tener enemigos. Así se lo dije a esos policías tan imperinentes que llegaron al apartamento de doña Olga preguntando por las niñas, que las querían interrogar, decían, que sólo ellas habían visto al criminal, les urgía una descripción del sujeto para hacer un retrato hablado, era importantísimo, insistían. Pero el médico había dicho que las niñas no debían ser molestadas, les dije, y que además en ese momento estaban dormidas, así que mejor dejaban el interrogatorio para mañana. Pero los tipos eran necios, sobre todo el jefe, el que se identificó como subcomisionado Handal, qué necedad de individuo, por eso estamos como estamos, porque los policías en vez de andar capturando criminales se dedican a molestar niñas indefensas. Así se lo dije. Pero el tipo no se inmutó. Repitió que entre más rápido tuviera una descripción del delincuente más fácil sería organizar su búsqueda y captura. Pero yo no iba a permitir que esos maleducados despertaran a las niñas. Me planté y les dije que por lo menos esperaran un par de horas, hasta que las niñas despertaran, que si ellas sufrían alguna lesión psicológica ellos (Handal y ese otro malencarado que se ha-

cía llamar detective Villalta) serían los responsables, y que las cosas no se iban a quedar así porque yo los demandaría judicialmente, y yo no soy cualquier cosa, conmigo no iban a jugar, que se anduvieran con cuidado y mucho respeto, o ellos sabrían pronto quién era yo. Pero Olguita no se había dormido del todo, nada más estaba recostada, en duermela, como atontada por los sedantes, y el alboroto que hicieron esos policías la despertó de nuevo y se puso de pie y apareció en el corredor, preguntando qué era lo que pasaba, quizás temerosa de que los policías fueran otros criminales como los que acababan de matar a Olga María. Por eso le dije que esos dos señores eran policías que investigaban la muerte de su mamá, que ella regresara a la habitación porque los señores ya iban de salida. Pero el tal subcomisionado Handal se me adelantó y se puso a interrogar a Olguita, el muy canalla, cerdo, no respetan a nadie, y se aprovecharon de la ingenuidad de Olguita para que ella les dijera lo que ya me había contado a mí: que el criminal no quería robar nada, únicamente asesinar a Olga María. El subcomisionado pidió a Olguita que relatara tres veces los acontecimientos, sin parar de hacerle preguntas, el muy morbosito, y luego hizo venir a una ratía con bigotes, el encargado de hacer un dibujo del criminal, de acuerdo con los datos que le iba dando la niña. Olguita le explicó que el criminal era un tipo alto y fornido, un grandulón que no usaba barba ni bigote, con el pelito corto, como si fuera cadete, que vestía un bluyin y calzaba unos tenis blancos de esos como de astronauta. El subcomisionado le preguntó si recordaba otro detalle, algo singular, que permitiera reconocer al tipo. Y Olguita le dijo que caminaba como Robocop, ese robot policía que aparece en la televisión. Yo le advertí al subcomisionado que ya dejara en paz a la niña, que no se aprovechara, podía afectarla porque ella recién había tomado un fuerte sedante. Pero el tal Handal dale que insiste: si el tipo llegó solo, si Olguita había visto el auto en que huyó, si se percató de la presencia de otra gente

en la calle, si la sirvienta apareció hasta que el tipo ya había cometido la fechoría. Ah no, que de la niña Julita, la sirvienta, no se les ocurriera sospechar, me metí yo, que no fueran canallas, la niña Julita conocía a Olga María casi desde que había nacido, es una señora de más de cincuenta años de edad, qué carajos les pasaba, una señora que había trabajado con doña Olga y con Olga María toda la vida, de absoluta confianza, majaderos. Doña Olga me secundó. Y Olguita explicó que la niña Julita llegó a la sala hasta después que sonaron los disparos, porque estaba en los lavaderos, al fondo de la casa, y fue ella la que telefoneó a Marito, a Sergio y a doña Olga, y fue ella la que salió en carrera a pedir ayuda a los vecinos. Mirá, esos que vienen entrando son los empleados de la agencia de publicidad de Marito, qué jóvenes, ¿verdad?, el alto, de traje café, de pelo colococho y anteojitos redondos, qué guapo, es el nuevo director de mercadeo que contrató Marito, Olga María ya me había hablado de él, tenía razón, está guapísimo. Pero te decía que una vez que terminaron con Olguita, el tal subcomisionado Handal me dijo que quería hacerme unas preguntas, a solas, que si yo había conocido tanto a la víctima, si había sido su mejor amiga, entonces tal vez podría ayudarle, para que él pudiera seguir algunas pistas que explicaran los hechos. Sospeché que alguna cochinada se traía entre manos, esos tipos son groseros, morbosos y sucios, los de la policía, siempre lo he sabido, por eso me puse en guardia, para que no creyera que iba a sorprenderme de buenas a primeras. Y sucedió lo que temía. El subcomisionado preguntó si yo sabía de algún enemigo de Olga María o de Marito, de alguna deuda considerable que los estuviera mortificando, de algún empleado que los hubiera amenazado luego de ser despedido o, con todo el respeto —y así dijo el muy sinvergüenza: «con todo el respeto»—, si Olga María tenía alguna relación extramarital, algún amante despechado, alguien que quisiera hacerle daño. Y entonces sí me encabroné: le grité que era un verdadero patán, un tipo sin

sensibilidad, cómo se le ocurría que yo le iba a contar la vida privada de mi amiga a un cualquiera como él, de dónde había sacado semejante idea, sospechar de una persona tan honesta, tan recta, tan entregada a su familia y a su trabajo como Olga María era una canallada sin nombre, ella no tenía enemigos, a nadie se le ocurriría querer matarla, tenía que haber sido una equivocación o la obra de un demente. Casi los echo del apartamento a empujones, por tremebundos, por sarnosos. Fue cuando iba llegando la Cuca, la mujer de Sergio: deshecha en llanto, preguntó cómo estaban las niñas, si a doña Olga se le ofrecía algo. Aquí vienen Cheli y Conchita, las empleadas de Olga María en la boutique, las conocés, ¿verdad?, se ven tan correctas, querían un chorro a Olga María, trabajaban con ella desde que fundó el negocio, quién sabe qué pasará ahora, Marito tendrá que decidir, o doña Olga, si lo venden o qué. Te decía que llegó la Cuca al apartamento y entonces la dejamos a cargo de las niñas, y doña Olga y yo partimos hacia la casa de Olga María para encargarnos de que la arreglaran lo mejor posible. Fuimos en mi auto. Doña Olga había tomado unos sedantes muy fuertes, la señora ya está bastante anciana y enferma, y el médico le pidió que no fuera al lugar del crimen, la impresión le haría tremendo daño, que esperara a que trasladaran el cuerpo a la funeraria, y Sergio estuvo de acuerdo y terminó convenciéndola. Pero cuando llegamos a la casa de Olga María, su cadáver aún estaba ahí. Es lo que te digo: ese juez es un borracho estúpido, andaba de juerga con las secretarias del juzgado, sin ninguna duda, por eso se atrasó un mundo y no pudimos evitar que doña Olga viera el cuerpo con el cerebro destrozado. Pero con Marito la tomamos de los brazos y la condujimos hacia la habitación matrimonial, para que me ayudara a escoger la ropa que le pondríamos a Olga María, las joyas con que la adornaríamos, el maquillaje más adecuado, le decía yo, pero doña Olga, siempre tan entera y sobria, ahora estaba hecha pedazos, llorando a borbotones, no era pa-

ra menos, su hija mayor, la más querida, muerta en el suelo, sin motivo alguno. Abrí el armario para que revisáramos la ropa, tratando de distraer a doña Olga; fue cuando escogí el vestido de raso negro que lleva puesto Olga María, llamé a Mercedes al salón de belleza para contarle la tragedia y pedirle que viniera a la funeraria a peinar lo mejor posible a Olga María, y a doña Olga le propuse que tomara las joyas de su hija y las llevara con ella, no fuera ser que los policías comenzaran a hurgar y terminaran robándose lo que pudieran. Cuando salimos de la habitación iba llegando el juez. Marito me pidió que trajera a doña Olga a la funeraria para que ella recibiera y ayudara a preparar el cuerpo. Y eso hice. Después me fui a mi casa, a cambiarme de ropa, a arreglarme de una vez porque así ya me quedo toda la noche, hasta mañana en la mañana, cuando supuestamente también vendrá Diana, la hermana menor de Olga María, la que vive desde hace años en Miami, eso dijo, que tomaría el primer vuelo de mañana, como ahí van tres horas adelante, ya no pudo salir hoy mismo. Ése que está frente al ataúd debe de ser Memo, el segundo de a bordo de Marito, no tiene mucho de trabajar con él, a Olga María no le hacía mucha gracia, pero porque entró a la empresa en vez de Julio Iglesias, como le decíamos al españolete que le ayudó a fundar la agencia de publicidad a Marito, un tipazo, guapísimo, alto, aunque un poco panzón para mi gusto, a Olga María la trajo loca durante un par de meses ese Julio Iglesias, me decía que no hallaba cómo hacer, era el socio de su marido, el amigo de su marido, pero se le antojaba un montón. No es que aquella fuera infiel, al contrario, por eso le costó tanto, porque era la primera vez que le atraía de esa manera un hombre desde que se casó con Marito, era la primera vez en que iría más allá de su coquetería natural, culpa del propio Marito, te quiero decir, porque en esa época él tenía abandonada a Olga María, nunca pudimos descubrir quién era la causante, porque ahí donde lo ves todo pusilánime, Marito es mátalas callando, yo siem-

pre he sospechado que tiene sus movidas por debajo de la mesa y Olga María supo por lo menos de dos mujerzuelas. Fue por esa época cuando Marito decidió montar su propia agencia publicitaria, para lo cual invitó como socio a Julio Iglesias, un madrileño, también experto en publicidad, quien acababa de venir a San Salvador como consultor de la empresa donde Marito trabajaba. Yo lo supe desde un principio: la manera como le brillaban los ojos a Olga María sólo me recordaba la época de la Escuela Americana, cuando aquélla andaba colgada detrás de algún compañero. Julio Iglesias empezó a llegar a cenar a la casa de Olga María y Marito, cada vez con más frecuencia, y Olga María se prendió, poco a poco, porque al españolete también le gustó ella, cómo no iba a ser, y entre pláticas de negocios y sobremesas, ellos comenzaron a tener oportunidad de decirse cosas, de seducirse en las mismas narices de Marito, quien tenía toda su energía puesta en la fundación de la agencia. Y la cosa ya fue indetenible cuando una tarde Julio Iglesias se presentó a la boutique, casualmente, como quien visitaba las Villas Españolas para hacer cualquier compra y de pronto se encontraba a una amiga, la esposa de su socio, trabajando en su boutique. Olga María guardó las apariencias, para que Cheli y Conchita no se dieran cuenta que ella ya se estaba derritiendo por ese hombre que entonces la invitó a tomar un café ahí mismo, en el centro comercial, y una vez en la cafetería le dijo que no podía dejar de pensar en ella, que era incontrolable la pasión que sentía. Y Olga María tuvo que aceptar que ella también pensaba en él, aunque no podía decir que lo quisiera, ni que estuviera enamorada, sino que era algo raro, nuevo. Julio Iglesias tenía un apartamento, frente al hotel Sheraton, cerca de Villas Españolas: le propuso que se vieran ahí, era lo mejor, porque no quería tener problemas con Marito, su socio y amigo. Olga María le dijo que lo pensaría, no era tan fácil, aunque su relación con Marito estuviese deteriorada, ella lo amaba, estaban además las dos niñas,

ella no quería arriesgarse, echar a perder once años de su vida. Pero Julio Iglesias insistía, la llamaba por teléfono a la boutique, la visitaba de vez en cuando para invitarla a un café (siempre guardando las formas, por supuesto, aunque Cheli y Conchita deben de haber sospechado algo), le decía cosas preciosas cuando iba a cenar a la casa con Marito. Hasta que ella ya no se aguantó y dijo que sí, que iría al apartamento, pero que tenían que planearlo muy bien, había muchos inconvenientes, pues ni él podía pasar a recogerla a la boutique ni ella llegaría en su auto al apartamento —qué tal si Marito o un amigo de éste lo descubría estacionado frente al apartamento de Julio Iglesias, ¿cómo lo explicarían, ah? Entonces aparecí yo, la tía Laura, quién sino, la amiga del alma, la confidente, la única que haría posible ese encuentro. No te imaginás, niña, cómo estaba Olga María de nerviosa ese mediodía: el cuento era que yo la había invitado a comer, a un nuevo restaurante vegetariano, que Marito debía recoger a las niñas y que ella regresaría directo a la boutique, sin pasar por la casa. Ése fue el cuento. La idea era que yo pasara por ella a la boutique, a eso de las doce y cuarto, luego la dejara frente al apartamento de Julio Iglesias, me fuera a comer donde mi prima, y a las dos y cuarto la pasara a recoger. La pobre se moría del susto cuando llegué a la boutique, aún dudaba. Era su primera vez. Pero en cuanto estuvimos en mi auto, la vi más relajada. Iba con ropa casual —una minifalda verde, lo recuerdo tan bien—, pero elegantísima, con porte, como siempre. Salió del auto con paso firme y yo fui la que me quedé mordiéndome las uñas, pensando cómo le estaría yendo, si de una vez harían el amor o le dejaría besarla nada más, ni ella misma estaba segura. Te digo que ése es el sustituto de Julio Iglesias, el vicepresidente de la agencia de publicidad de Marito; mirá el respeto con que lo saludan los demás del personal, nada que ver con el madrileño del que te estoy hablando. A las dos y cuarto en punto estuve frente al apartamento de Julio Iglesias, toqué la bocina con recato

y la vi venir, feliz, expansiva, como en las nubes. Pero yo quería que me lo contara todo, con pelos y señales, de inmediato. Y ella me dijo que había sido lo máximo, mejor de lo que ella esperaba: él tenía preparada una ensalada riquísima y una botella de vino blanco exquisito, casi congelado —como a ella le encantaba. La besó desde que ella estuvo dentro del apartamento, y no paró de besarla y acariciarla, una ternura el tipo, por eso ella no pudo contenerse y ahí mismo en la sala se dejó desnudar y él le besó todo el cuerpo con tanta delicadeza, una maravilla, niña. Así me lo contó. Y luego la llevó a la cama, pero el pobre estaba nerviosísimo, tenso, porque al ratito se vino, sin previo aviso, antes de que comenzara lo bueno. Y le dio pena, el pobrecito, pidió disculpas. Pero eso no le importa a una, niña, siendo la primera vez con un hombre que te acaricia con esa devoción. Fue lo que me dijo Olga María antes de que la pasara dejando por la boutique. Ahí vienen entrando Sergio y la Cuca. Qué guapo es Sergio, niña, no sé cómo fue a parar con la Cuca, aunque ella sea buena gente, pero a él se le ve chiquita, ¿no te parece? El problema es que el tal Julio Iglesias se fue enamorando, ya en la segunda ocasión —cuando fui a dejar a Olga María a media tarde al apartamento— no sólo le declaró que la amaba y que pensaba en ella permanentemente, sino que quería tenerla con él para siempre, que ella debía divorciarse de Marito, no tenía sentido que mantuviera esa relación si ya no lo quería, que él estaba dispuesto a casarse, a hacer lo que Olga María le pidiera, pero ya, en ese momento. ¿Te podés imaginar, niña? Los hombres sí que son brutos: la tenía ahí, enterita, entregada, como para cultivarla, darle su tiempo, pero no, tuvo que salir con las exigencias, con la taradez de la posesión, como si Olga María hubiera sido una imbécil para separarse de buenas a primeras de Marito, el padre de sus hijas, por la aventura de irse a vivir con un españolete cualquiera. Un animal resultó el tal Julio Iglesias: no le importaba que Marito fuera su socio y amigo, estaba obsesio-